

LECCION V.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

De las bendiciones en general. — Principios en que se apoyan. — Qué nos enseñan. — Su antigüedad. — Sus efectos. — Quién puede bendecir. — Cementerio. — Cementerios inmediatos á las iglesias; sentimientos que inspiran. — Bendicion del cementerio.

Puesto que hemos hablado de la bendicion de las campanas, y que en breve explicaremos la de los cementerios, este es el lugar mas á propósito para tratar de las bendiciones en general.

I. Bendiciones. Para comprender las bendiciones de la Iglesia es preciso recordar algunas indubitables verdades, y son: 1.º Siendo las criaturas obra de un Dios bueno, salieron buenas de sus manos, es decir, perfectamente apropiadas para el doble objeto de su existencia, consistente en la gloria de Dios y en el bien físico y moral del hombre; 2.º las criaturas fueron viciadas por el demonio, cuando al manchar al hombre manchó cuantas cosas dependian de él, y por consiguiente las criaturas bajo la influencia del maligno espíritu no sirven ya como antes para la gloria de Dios y para el bien del hombre. Todas se han convertido en instrumentos de pecado y de muerte, y se lamentan de la dura esclavitud, de la injusta tiranía que les priva sus homenajes y les impide cumplir su vocacion. Sabemos, dice el apóstol san Pablo, *que todas las criaturas gimen y están de parto hasta ahora*¹. 3.º Dios no ha abandonado ni al hombre ni á la criatura bajo el imperio del demonio: desde el día de su caída, todos sus pensamientos tienden á librar la creacion; si preguntamos á su divino Hijo por qué vino á la tierra, nos revela la idea de su Padre y la suya, diciéndonos: *He venido para lanzar fuera el príncipe de este mundo, para destruir sus obras y arrancar el pecado y el mal*². 4.º Dios puede lanzar el demonio y sustraer sus criaturas á su maligna influencia, lo mismo que confiar este poder á sus enviados.

¹ Rom. VIII, 22.

² Joan. XII, 31; id. I, 29.

En estos grandes principios, reconocidos de todos los pueblos, están fundados el poder y el uso de las bendiciones en la Iglesia católica, de modo que su objeto al bendecir al hombre y á la criatura es volverlos á su santidad primitiva. Esta bendicion emancipa gradualmente la creacion hasta el momento supremo en que, lanzado enteramente el príncipe de este mundo y destruida su influencia, volverá Dios á ser *todo en todas las cosas*¹. Entonces el hombre se transformará en un nuevo ser; entonces habrá nuevos cielos y nueva tierra; entonces todas las criaturas entonarán, porque serán ya dignas de ello, el cántico inmortal de los Angeles: Santo, Santo, Santo, Dios de los ejércitos; todo está lleno de su gloria.

Vemos, pues, que con una simple bendicion la Iglesia nos refiere toda la historia del mundo; el pecado y la redencion, el paraíso terrestre y el Calvario, el tiempo y la eternidad. ¿Habíamos pensado alguna vez en ello?

Además las bendiciones de la Iglesia católica nos recuerdan una verdad cuyo olvido es un origen fecundo de iniquidades y de infamias; tal es la grandeza y la santidad del hombre. Los hombres no nos estimamos bastante; no sabemos, cual debiéramos, todo lo que somos; imágenes de Dios, y la santidad misma, fuimos criados para ser santos, es decir, para ser consagrados á Dios, para estar libres del mal, y libres de la servidumbre del enemigo malo. Nuestra alma, nuestro corazon, nuestro entendimiento, nuestros sentidos son otros tantos vasos sagrados que solo deben recibir cosas santas, pensamientos, afecciones é imágenes santas; vasos sagrados que únicamente deben tocar cosas santas tambien.

Pues bien, en todas sus bendiciones la Iglesia recuerda al hombre tan noble idea, y le dice: «Hijo mio, la tierra es pequeña para tu corazon; eres santo, y consagrado como estás á Dios y hecho para Dios, aspira únicamente al bien capaz de satisfacerte; eres santo, «y por esto bendigo los elementos que están á tus órdenes, el agua, «el fuego y la tierra; bendigo tus alimentos, tus prados, tus campos, tus viñas; bendigo á los animales que te sirven porque deben «acercarse á tí y estar en contacto contigo; bendigo tu última habitación, ¡qué digo! la consagro por manos de un pontífice, porque aquella tierra debe tocar tus restos; santo, debes, despues de «tu muerte, descansar en un terreno santo, así como has nacido,

¹ I Petr. III, 12.

«crecido y vivido en medio de cosas santas.» Sentado esto, fácil será comprender lo que son las bendiciones en la Iglesia católica.

En el idioma de la Iglesia bendecir un objeto significa sacarlo de su estado natural, separarlo de los usos comunes y ordinarios, hacerlo santo de profano que era, consagrarlo á Dios y á las ceremonias de la Religión; en una palabra, aplicarlo á usos piadosos y sagrados.

Como hemos dicho en otra ocasión, Dios, después de criar el universo, lo bendijo; así pues, todas las criaturas son buenas en cuanto fueron aplicadas á la gloria de Dios ó santificadas por una bendición y una aprobación generales: *Dios*, dice la Escritura, *vió todas las cosas que habia hecho, y eran muy buenas*¹; mas, como el pecado al introducirse en el mundo maleó y vició todas las criaturas², de aquí la indispensable necesidad de purificarlas *por la palabra de Dios y por la oración*³, á fin de poner en fuga al demonio y paralizar su funesta influencia. Esta es la razón profundamente filosófica de las bendiciones.

Por esto vemos usarlas desde el origen del mundo: en el Antiguo Testamento, Moisés, mediante una bendición que le revela el cielo, convierte en dulces las saladas aguas de *Mara*⁴; Eliseo purifica las fuentes de Jericó arrojando en ellas sal mientras que pronunciaba estas palabras: *Esto dice el Señor: Sané estas aguas, y en adelante jamás habrá en ellas muerte ni esterilidad*⁵. Tobías, por medio de la oración, bendice la cámara nupcial, y arroja de ella á los demonios⁶; sabida en la solemne y misteriosa bendición que se daba cada año á las mieses nuevas y á los nuevos frutos; antes del sacrificio imponíanse las manos sobre las víctimas, y orábase sobre el aceite, el trigo, etc., para santificarlos y hacerlos dignos del Señor⁷.

Nuestro Señor confirmó con su ejemplo lo que se practicaba en la antigua ley, pues bendijo los cinco panes y los dos peces de que alimentó á una crecida muchedumbre⁸; puso sus manos sobre los en-

¹ Genes. i, 31.

² Rom. xiii.

³ I Tim. iv, 5.

⁴ Exod. xv.

⁵ IV Reg. ii, 20.

⁶ Tob. viii.

⁷ Levit. passim.

⁸ Matth. xiv.

fermos para devolverles la salud; bendijo á los niños, y bendijo y ofreció á su Padre, antes de la cena, el pan y el vino que iba á cambiar en su cuerpo y en su sangre.

Heredera de la doctrina y del poder de Jesucristo, la Iglesia ha usado constantemente las bendiciones; en la época de su aparición, el demonio reinaba absolutamente en todo el mundo cuyo imperio habia usurpado, é infestaba todas sus partes, y de aquí la creencia de los gentiles, tan verdadera, aunque tan mal comprendida, de que todas las partes de la naturaleza estaban *animadas* por espíritus ó génius, habiendo debido decirse que estaban manchadas, tiranizadas por los demonios, los cuales, y esto es lo mas triste, considerados como los dueños de cada criatura, recibían los homenajes que solo á Dios eran debidos. Los mismos filósofos afirmaban que los alimentos y demás objetos usuales eran un presente de los mismos genios ó demonios, y mas tarde los Marcionitas y los Maniqueos pretendieron que todos los cuerpos habian sido formados por un principio maléfico y enemigo de Dios.

Para combatir tantos errores, al mismo tiempo que para lanzar al demonio de su imperio, la Iglesia se apresuró á hacer uso de las bendiciones; y esta fué la causa de que entre los primeros cristianos se repitiesen á cada instante, y antes de hacer uso de alguna criatura, varias oraciones y la señal de la cruz, y este fué el origen de todas las admirables fórmulas de bendiciones redactadas por la Iglesia, tan antiguas como ella misma. La mayor parte de las que nos sirven aun en el día se encuentran en el *Sacramentario* del papa san Gelasio, que vivió en el siglo v, cuyo papa no fué por cierto su primer autor. Las diferentes sectas de cristianos orientales, separados de la Iglesia romana desde los primeros tiempos del Cristianismo, usan de las mismas bendiciones; de ellas habla san Pablo, cuando dice: *Toda criatura de Dios es buena, y se santifica por la palabra de Dios y por la oración*¹; y siendo las bendiciones oraciones destinadas á santificar, tenemos, pues, que son una costumbre apostólica.

Así pues, la Iglesia, enviada para santificar el mundo y arrojar de él al demonio, tiene el poder de bendecir, puesto que la bendición santifica al mundo y lo hace apto para su primitivo uso; al bendecir, la Iglesia da una prueba de su profunda ciencia, al mismo

¹ I Tim. iv, 4 et 5.

tiempo que continúa una costumbre tan antigua como la caída del hombre.

Los efectos de sus bendiciones son generales ó particulares; los generales son: 1.º sustraer al objeto bendecido del imperio del demonio, y librarle de su maligna influencia; 2.º separarle de las cosas comunes y profanas; 3.º finalmente, comunicarle la virtud de excitar sentimientos de fe, de amor de Dios y de Religion, y con ellas la de obtener la remision de las faltas veniales.

Los efectos particulares corresponden á las intenciones de la Iglesia, y son distintos segun la cosa que consagra y el fin que se propone: ya quiere robustecer el alma contra las tentaciones y ataques del enemigo de la salvacion, ya poner el cuerpo al abrigo de las incomodidades que podrian sobrevenirle; bendice el fuego, porque no perjudique al hombre y sea para él el emblema de la caridad y de la verdad; bendice el agua, á fin de que sirva para su purificacion; bendice los templos, los altares, los vasos del sacrificio, porque nada es bastante santo para el culto del Señor; bendice la habitacion del hombre y sus alimentos, para que pueda descansar en paz, y tomar con gratitud y sin temor el sustento necesario á su cuerpo; bendice las praderas, los campos y las reses, á fin de preservarlas de las enfermedades y azotes que pudieran darles muerte ó hacerlos estériles, privando al pobre labrador del fruto de sus trabajos.

En las grandes ciudades donde la mayor parte suprimen lo mas posible todo acto exterior de Religion, donde se califican de *devociones populares* las prácticas mas bellas y mas útiles, se ha perdido la tierna costumbre de que venimos hablando; en efecto, ¿para qué necesita las bendiciones de Dios el rico usurero ó disoluto que quizás no cree en él? Mas los habitantes del campo, que se sienten mas directamente bajo el poder de Dios, que ven con frecuencia arrebatadas por la tempestad su fortuna y sus esperanzas, que comprenden que nada puede prosperar á no ser que Dios lo quiera, recurren mas á menudo á las oraciones de la Iglesia, á las cuales cooperan con buenas obras, limosnas, y algun favor prestado á los pobres, de modo que el deseo de hacer mas eficaces las bendiciones que solicita el pueblo, conserva y alimenta en él los sentimientos de humanidad. Los herejes y los impíos, antes de hacer á las bendiciones objeto de sus burlas, deberian probar en qué se oponen á la verdadera filosofia, á la verdadera piedad, á la confianza en Dios, á la

gratitud, á la obediencia, á la palabra de Dios y á la universal creencia del género humano¹.

Los obispos y presbíteros son los únicos que tienen poder para bendecir: revestidos los primeros de la plenitud del sacerdocio, pueden consagrar y bendecir todos los objetos que están bajo su jurisdiccion, y solo á ellos pertenecen las bendiciones que van acompañadas de unciones, como son la consagracion de las iglesias, de los altares, del cáliz y de la patena, de los reyes, la bendicion del santo óleo, de los abades, abadesas y caballeros; igualmente les está reservada la bendicion de las ropas del altar, de los adornos, de las campanas, de los cementerios, etc., pero pueden cometerlas á simples presbíteros.

Las bendiciones que son de incumbencia de los presbíteros son las de los matrimonios, de los frutos de la tierra, del agua mezclada con sal, de la ceniza, de los ramos, de los cirios, etc.

El efecto de la bendicion no depende de las disposiciones del que la da, pues no obra en su propio nombre sino en el de Jesucristo, del cual es únicamente el instrumento; sin embargo, para que tenga presente la santidad de que es conveniente se halle adornado en tan augusta funcion, debe estar revestido de la sebrepelliz, emblema de la inocencia, y de la estola, simbolo de su poder; debe además acompañarle un monacillo, imágen de un Ángel, teniendo en una mano un cirio encendido, figura de la caridad y de la fe, y en la otra el acetre con el hisopo.

Al recitar la fórmula de la bendicion, el sagrado ministro tiene las manos juntas y elevadas al cielo, para manifestar el fervor de su oracion y su ardiente deseo de ser oido; hace varias veces con la mano la señal de la cruz sobre el objeto que bendice, para recordar que de la cruz proviene toda gracia, y que solo en virtud de los méritos de Jesucristo tenemos parte en sus misericordias, y finalmente, lo rocía con agua bendita, para significar que por las oraciones de la Iglesia ha salido de la clase de las cosas profanas, y ha obtenido toda la pureza de que es susceptible. El agua bendita con que se rocía el objeto es tambien el signo exterior que la bendicion le aplica; y si en algun caso se emplea el incienso, es para pedir á Dios que la oracion que se le dirige sea para él de agradable olor y se eleve hasta su trono.

¹ Bergier, art. *Bendicion*.

Ahora que sabemos ya la razon, el origen y el sentido de las bendiciones, pasemos al cementerio; para ello solo tenemos que dar un paso, pues segun la intencion de la Iglesia católica, el cementerio está inmediato á la iglesia.

II. El cementerio. La palabra cementerio significa *dormitorio*, siendo el Cristianismo el primero que dió este nombre allugar en que descansan los difuntos¹; en lo cual se encierra toda una filosofia. Á los ojos de la Iglesia católica, la muerte no es mas que un sueño, puesto que el lugar en que reposan los que ya no existen es un dormitorio; el sueño supone necesariamente el despertar, así es que es imposible pronunciar la palabra cementerio (¿y quién no la pronuncia alguna vez?) sin expresar el dogma mas consolador para los buenos y mas temible para los malos, el dogma de la resurreccion.

Desde un principio la Iglesia manifestó un grande respeto hácia los restos mortales de sus hijos, y este respeto por los muertos es una leccion que enseña á los vivos á respetarse á sí mismos; sin embargo, prudente siempre, evitó el doble exceso en que incurrian los gentiles: los egipcios embalsamaban los cadáveres, los encerraban en ataúdes y los guardaban en sus casas como un precioso depósito; mas la Iglesia no adoptó tan excesivo esmero, tan supersticiosa veneracion. Los romanos por el contrario quemaban los cuerpos de los difuntos y conservaban sus cenizas; pero semejante modo de destruir los restos de un hombre, cuya memoria merece ser conservada, tiene algo de inhumano; además los romanos solo observaban aquel procedimiento con sus parientes y amigos, pues en cuanto al pueblo de esclavos que les rodeaba, tratábanle despues de la muerte con la misma crueldad que durante su vida; los cuerpos de los esclavos eran arrojados en vastos subterráneos², ó abandonados á las aves de rapiña.

No es esto todo; la costumbre general entre los pueblos antiguos, excepto el egipcio, era colocar los sepulcros en el campo á orillas de los caminos, en cavernas solitarias ó en medio de los jardines. La Iglesia católica adoptó un uso mas conforme con la razon y mucho mas eficaz para mantener la tierna memoria de los que murieron;

¹ Ante Christi adventum mors mortis nomen habebat. At postquam Christus venit, et pro mundi vita mortem subiit, non amplius vocatur mors, sed somnus et dormitio. (S. Chrys. Serm. de Parascev. t. V, pág. 482, edicion benedictina).

² Puticuli.

primeramente abolió la costumbre de quemar los muertos, pues mejor es enterrarlos, cumpliendo así la prediccion hecha por Dios al hombre pecador: *Eres polvo, y en polvo te convertirás*¹. En seguida quiso que los muertos estuviesen reunidos en un mismo lugar, inmediato á su templo, á fin de poder velar sobre las generaciones pasadas, así como vela una madre cerca la cuna de su hijo dormido.

¡Qué digo! los primeros templos de la Iglesia católica fueron cementerios, pues no eran otra cosa las Catacumbas; los vivos se reunian en medio de los muertos para orar y ofrecer los sagrados misterios. Tiempo despues, dada la paz á la Iglesia y al serle permitido levantar templos, apresuróse aquella á consagrar un lugar para la sepultura de sus hijos, queriendo que fuese inmediato á su templo, así para conservar memoria de su origen, como para enseñar á los hombres que una madre no olvida jamás á sus hijos aun despues de muertos. La antigua y santa costumbre de que sea el cementerio inseparable de la iglesia se ha conservado hasta nuestros dias en casi todas las parroquias del mundo católico, pero en parte alguna quizás con tanta fidelidad como en la Suiza alemana.

Jamás olvidarémos el tierno espectáculo que de hora en hora se ofrecia á nuestra vista al atravesar los cantones de Soleure, de Lucerna y de Schwitz; á la entrada de la aldea, á veces pintoresca y limpia siempre, se presenta la iglesia, cuya belleza, grandiosidad y esbelto campanario admirais, antes de recrear vuestros ojos en los ricos adornos del interior; el cementerio rodea la iglesia como una herradura; su entrada principal está al frente de la puerta mayor de la iglesia, y despues de abrir la dorada reja que lo cierra, y de subir algunos escalones de piedra, veis á ambos lados dos grandes pilas en las que hay un hisopo para rociar con agua bendita los sepulcros de los muertos.

Las sepulturas, cubiertas todas de césped, forman varias líneas perfectamente regulares, separadas por un estrecho sendero enarenado, á fin de hacer mas accesible á cada uno la tumba que encierra una parte de su corazon; todas ellas terminan en una cruz de hierro de dos piés de elevacion; sus tres extremos visibles son de cobre dorado, y en una plancha del mismo metal, fija en el centro, se leen los nombres del difunto, la fecha de su nacimiento, la de su muerte, una oracion ó una sentencia de la Escritura.

¹ Genes. III, 19.

Cuando al ponerse el sol veis á lo léjos *aquel campo de Dios*, admirais su elegante sencillez, y distinguís el brillo de sus cruces de igual elevacion, colocadas simétricamente, cuyo color negro y dorado se destaca con fuerza sobre el verde césped del sepulcro, se apodera de vuestro corazon una dulce melancolia, lágrimas de ternura asoman á vuestros ojos, mientras que acude una oracion á vuestros labios. Los recuerdos de la antigüedad se presentan en tropel á vuestra mente, y os creéis trasladado á los primeros tiempos del Cristianismo y á las Catacumbas romanas, cuya imágen completa teneis á la vista. Como en la Roma subterránea, veis en medio el altar del principal Mártir, la iglesia; delante del altar á los cristianos prosternados, preparándose para el combate con la recepcion del Pan de los fuertes; al rededor de los vivos un círculo de muertos, quienes les alientan, desde sus tumbas, hablándoles de sacrificio, de coronas, de descanso y de inmortalidad. Entonces, al encontrar á la Iglesia católica siempre la misma, os sentís regocijado, al mismo tiempo que os entristeceis al pensar que la disminucion de la fe, mas aun que el interés de la salubridad pública, haya separado entre nosotros el cementerio del templo, y alejado á los muertos de la vista de los vivos.

Dícese que la costumbre de enterrar en las iglesias ó cerca de ellas es peligrosa para las grandes poblaciones; mas como esto no pasa de ser una suposicion gratuita, se nos permitirá ponerlo en duda, á lo menos hasta que se haya probado, á lo que estamos tanto mas autorizados en cuanto tiende á formular un cargo contra la Iglesia católica, y en cuanto procede de personas, cuya ligereza, por no decir otra cosa, está perfectamente demostrada. Permítasenos tambien recordar que en Roma se entierra á los muertos en las iglesias¹, y que á pesar de su caluroso clima no resulta de ello inconveniente alguno; en seguida preguntaremos si puede citarse en la historia una sola epidemia causada por la costumbre de enterrar en las ciudades; y finalmente, concluirémos diciendo que es muy útil separar de las poblaciones todos los principios de contagio; mas, para ser consecuentes, seria preciso no dejar subsistir, construir ni subvencionar en ellas á ciertos lugares de disolucion, cien veces mas mortíferos que los sepulcros de los muertos. Entre los que en el día aislan los

¹ Hasta la ocupacion francesa se enterraba en ellas á todos indistintamente: desde entonces solo á una parte de la poblacion.

cementerios y condenan con tanta acritud la antigua costumbre de la Iglesia católica, ¡cuántos hay quizás que solo tratan de alejar todas las ideas fúnebres, á fin de gozar los placeres sin mezcla de amargura ni de remordimientos, y que pretenden paliar su epicureismo con pretexto del bien público!

Sea como quieren en las ciudades; mas por lo que toca á las poblaciones rurales, donde el aire circula libremente, y donde no existe peligro alguno, sostenemos que nada debe ser cambiado en la costumbre establecida; mas es conveniente en alto grado que antes de entrar en el templo del Señor tengan los fieles á la vista un objeto capaz de recordarles la brevedad de la vida, la esperanza de su porvenir mas feliz, y la tierna memoria de sus parientes y amigos¹.

Separar el cementerio de la iglesia es destruir una de las mas bellas armonías que pudo establecer la Religion; armonía que vale la pena de ser tenida en algo, pues la sociedad gana con ella mas de lo que se cree. En un pequeño espacio se hallan reunidas la Iglesia del cielo, la Iglesia de la tierra y la Iglesia del purgatorio; ¡admirable leccion de fraternidad! La Iglesia del cielo, compuesta de los Ángeles y de los bienaventurados cuyos cuadros suspendidos en las paredes del templo recuerdan las victorias y la presencia invisible, se halla reunida al rededor del altar, sepulcro de un Mártir ó de un Santo, sobre el cual se inmola al Dios que ella contempla cara á cara, y que nosotros adoramos bajo los velos eucarísticos; la Iglesia de la tierra se ofrece á nuestra vista, compuesta de ese pueblo de niños, de mujeres, de jóvenes y de ancianos orando juntos; la Iglesia del purgatorio ocupa tambien su lugar, y compónenla nuestros amigos y parientes, cuya voz parece salir de los sepulcros sobre los cuales oramos, para decirnos con Job: ¡*Apiadaos de mí, apiadaos de mí, siquiera vosotros, mis amigos*!²

Creedme: en este siglo de frio egoismo, de glacial indiferencia, es conveniente dejar al Cristianismo el medio de ofrecer á sus hijos el poderoso recuerdo de su cuna; es conveniente que el lugar de la oracion sea una *catacumba*. La oracion hecha en medio de los sepulcros es mas recogida; la misma semejanza entre los misterios de la Religion y los de la tumba, el contacto inmediato en cierto modo del tiempo y de la eternidad, de los restos de los antepasados y del hom-

¹ Bergier, art. *Cementerio*.

² Job, XIX, 21.

bre prosternado, frente el Dios inmortal de los siglos, sobre los esqueletos de generaciones que ya no existen, todo inspira saludables pensamientos, hace nacer mas de un sentimiento noble, y comunica el valor de las nobles resoluciones.

Todos los cementerios son bendecidos, costumbre que remonta al origen del Cristianismo: la Religion que bendice tantas veces al hombre, la Religion que bendice sus campos, sus prados, sus alimentos, sus ganados y su casa para enseñarle que es santo, puesto que cuanto le rodea debe ser santo para entrar en contacto con él; la Religion bendice tambien y consagra el lugar de su sepultura, á fin de recordarle que la muerte no le despoja de su santidad, y que continúa siendo respetable aun en el polvo de su tumba.

Semejante bendicion de nuestra última morada es una fuente de útiles lecciones para los vivos; así es que, la explicaremos detalladamente. En primer lugar, y á fin de hacer al cementerio mas venerable, su bendicion está reservada al Obispo, si bien puede hacerse reemplazar por un presbítero; cuanto mas despreciable se hace en cierto modo el hombre, cuanto mas se acerca á la nada y al polvo, de mayor respeto la Religion le rodea. La vispera de la ceremonia se planta en medio del cementerio una cruz de madera de la altura de un hombre, en el extremo de cuyos tres brazos se colocan tres cirios; delante de ella se clava una estaca de madera tambien alta de dos piés, teniendo en su extremo tres puntas iguales á las de la cruz, para colocar igualmente otros tantos cirios.

¿Qué significa esta ceremonia tan extraña en la apariencia? ¡léjos de vuestros labios la impía sonrisa del desprecio! En la Religion todo es grande, todo está lleno de misterios. Aquella cruz de madera representa al Salvador del mundo, al que es *la resurreccion y la vida*¹; aquella estaca de color blanquecino, semejante á una canilla² descarnada, es la imágen del hombre, que la muerte hace semejante á un palo seco é inútil. La noche que sigue á la fijacion de la cruz recuerda las tinieblas del sepulcro, así como la ceremonia del dia siguiente es la viva imágen de la resurreccion; la cruz elevada delante de la estaca anuncia altamente que Jesucristo protege aun en la tumba los despojos del hombre, que los conserva bajo su mano, y que sabrá devolverles la vida al llegar el dia señalado.

¹ Joan. xi, 25.

² El hueso de la pierna desde la rodilla hasta el empeine del pié.

El dia siguiente, el obispo, ó el presbítero delegado para la bendicion, revistese de una sobrepelliz, de una estola y de una capa blanca y se dirige al cementerio; empléase el color blanco porque va á celebrarse una alegre ceremonia, á proclamarse un misterio consolador. Precedido del Clero, colócase el sacerdote delante de la cruz, teniendo á su lado á tres clérigos, llevando el uno el acetre, el otro el incensario, y el último tres cirios que enciende y coloca en el lugar que en la estaca hay destinado para recibirlos.

Estos cirios encendidos colocados sobre aquel palo privado de sávia y de vida, imágen fiel del hombre en el sepulcro, anuncian la resurreccion, y su número indica la santísima Trinidad, en cuyo nombre y por cuyo poder debe verificarse la resurreccion. La oracion que el sacerdote recita acto continuo nos revela el espíritu de tan bellas ceremonias, héla aquí: «Ó Dios todopoderoso y lleno de misericordia; Vos que sois el guardian de las almas, el áncora de salvacion y la esperanza de los fieles, acoged favorablemente nuestra humilde oracion, y dignaos con vuestra bendicion celeste purificar este lugar y hacerlo santo, á fin de que los cuerpos que en él descansan, despues de su viaje en esta vida merezcan en el gran dia del juicio la bienaventurada inmortalidad, y una parte de la felicidad eterna en union con las almas justas. Por Jesucristo, etc.»

Despues de tan sublime oracion, el Clero y los fieles se arrodillan delante de la cruz, y suplican á todos nuestros hermanos del cielo que unan sus preces á las nuestras, á fin de obtener la gracia que solicitamos; cántanse luego las Letanías de los Santos, y terminadas, el celebrante y el Clero dan la vuelta al cementerio, rociándolo con agua bendita, y pronunciando estas palabras: *Señor, rociadme con el hisopo, y seré puro*; durante esta ceremonia el coro canta el salmo *Miserere*; gemido profundo y prolongado, al cual el lugar y la circunstancia comunican algo de solemne y lúgubre, capaz de enternecer el corazon de Dios.

El sacerdote vuelve delante de la cruz, y desde allí dirige al Dios de la vida y de la muerte la oracion siguiente: «Ó Dios, criador del universo, redentor del género humano y providencia de todas las criaturas visibles é invisibles, os pedimos con voz suplicante y contrito corazon que os digneis purificar, bendecir y santificar este cementerio donde deben descansar los cuerpos de vuestros fieles despues de esta vida. Ó Vos, que por vuestra infinita misericordia habeis perdonado todos sus pecados á cuantos pusieron en

«Vos toda su confianza, conceded bondadosamente el eterno consuelo á sus cuerpos que aquí reposan, esperando el sonido de la trompeta de vuestro Arcángel. Por Jesucristo Señor nuestro, etc.»

Las últimas palabras del sacerdote, que recuerdan la resurreccion futura, preceden á una ceremonia que es la viva imágen de ella; el celebrante quita de la estaca los tres cirios encendidos y los coloca en los tres brazos de la cruz, accion que dice al hombre: «La esperanza de la resurreccion que descende contigo al sepulcro será realizada por Jesucristo; tú eres su miembro; él es tu jefe; él resucitó; mira su cuerpo brillante de inmortalidad.» Acto continuo arráncase la estaca, pero la cruz permanece en pié, como para decir á todas las generaciones: «Resucitaréis; vuestro Redentor está vivo, vela sobre vosotros, y clava el estandarte de su victoria en el mismo lugar en que la muerte os venciera.» Y el sacerdote, que solo ve en la cruz al Dios que representa, la saluda con respeto, la inciensa por tres veces y se retira.

¡Hombres! ¡no temais ya la muerte, pues no seréis por mucho tiempo su presa; ved sino el emblema de la resurreccion y de la inmortalidad que os espera en el mismo lugar de vuestra sepultura! Si algunos pueblos de la antigüedad hubiesen observado costumbres semejantes, nuestros sabios modernos apurarian su elocuencia en su elogio, y sus declamaciones así en verso como en prosa serian sabidas de todos desde la infancia. ¿Por qué, pues, su indiferencia? ¿Por qué se nos deja en la ignorancia respecto de tales usos llenos de tanta instruccion como de poesía? ¿Acaso porque pertenecen á la Iglesia católica son menos venerables? ¡Oh hombres! ¿hasta cuándo tendréis dos pesos y dos medidas?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por vuestra solicitud en santificarme y en santificar á todas las criaturas; hacedme la gracia de que comprenda bien las saludables lecciones que me dais por medio de todas vuestras bendiciones.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me respetaré mucho á mí mismo.

LECCION VI.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Definicion y division del tiempo.—Fiestas.—Su objeto en tiempo de los Patriarcas, bajo la ley de Moisés y bajo el Evangelio.—Fiestas de los Mártires y de los Santos.—Superioridad de las fiestas cristianas.—Su belleza, sus armonías, sus utilidades sociales.—Santificacion de las fiestas.

I. Definicion del tiempo. Conocemos ya la iglesia y el cementerio, el doble lugar en que se cumplen todos los misterios de la vida y de la muerte. ¿Qué hace la Religion en los templos? ¿qué clase de fiestas se celebran en ellos? Tales son las preguntas á que ahora debemos contestar, si bien para mejor inteligencia debemos antes extendernos en algunas explicaciones preliminares acerca del tiempo, de su *division* y del mismo nombre de *fiestas*.

Primeramente, ¿en qué consiste el tiempo? Si tratásemos de definir el tiempo en sí mismo, diriamos con un poeta célebre que *el tiempo es la imágen movable de la inmóvil eternidad*¹; pero nuestro objeto no es otro que considerar el tiempo en relacion al hombre caído, es decir, al hombre como es en el día. Ahora bien, despues del pecado original, Dios podia tratar al hombre como tratara á los ángeles, esto es, quitarle el tiempo y precipitarle con la rapidez del rayo en una eternidad de tormento; mas, gracias le sean dadas, no procedió de este modo, sino que quiso concederle el tiempo; ¿por qué? Para hacer penitencia; de manera que si el hombre no la hace, será tratado como los ángeles rebeldes, y cuando el tiempo haya terminado, oirá de los mismos labios del sumo Juez esta irrevocable sentencia: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles*². Segun esto, ¿qué es el tiempo á los ojos de la fe, es decir, de la verdad? Es el plazo que la Justicia divina ha concedido á la raza humana para hacer penitencia;

¹ J.-B. Rousseau.

² Matth. xxv, 41.